

IV

La bandera negra.

EN la plaza de la catedral encontré afortunadamente un *carro* libre, salté dentro y dí una buena propina al boyero alerta para que picara a sus galopantes vacas hasta hacerlas sangre, y también se la dí al chico espantamoscas para que excitara al ganado con sus mejores gritos.

Nos deslizamos como una flecha por los adoquines puntiagudos, engrasados, hasta llegar al puerto.

¡Ay! En vano busqué en el muelle huellas de los raptos y de sus víctimas. Aquí todo era fiesta y en las terrazas de los cabarets ni siquiera se contestó a mis preguntas.

Corrí hasta el extremo de la escollera. Estaba desierta. Al pie de la escalera de piedra en donde se embarca en las canoas que conducen a los vapores de la bahía, no había ninguna embarcación.

Sin embargo, creí distinguir un gran movi-

miento en la sombra lejana de la playa. Reanudé mi carrera. Llegado a la arena me vi inmediatamente rodeado de grandes barcas que venían de ciudades alejadas y que salían con gran rapidez del mar arrastradas por vacas que habían ido a buscarlas hasta el agua. Estas barcas traían a Funchal legumbres, pescado, verdaderos cargamentos de fernerías, corderos y cerdos. Todo esto, animales y gentes, formaba una música diabólica, pues al mismo tiempo se oían a bordo de cada barca sonidos de guitarra y cantares de Navidad. ¡Sin interrumpir un comercio necesario, estas buenas gentes festejaban el nacimiento del Señor!...

En el límite de la luz veía yo en el agua la sombra espesa de un gran crucero auxiliar inglés que había llegado aquella tarde. En cuanto a mi vapor, ¡hacia dos horas que había partido con mi equipaje! ¿Qué hacía yo en esta playa? ¡Todo lo había perdido, incluso Amalia! Mi desesperación no tenía límites.

De pronto, entre tantas barcas danzantes descubrí una pequeña canoa automóvil a cuya popa reconocí sin gran esfuerzo al Hombre de la capa.

La embarcación debía doblar la escollera. De nuevo corrí hacia el malecón. No me cabía la menor duda de que el Hombre de la capa había dirigido todo este horrible drama en el que me debatía como si me afectara tanto como a Amalia, y me imaginé que quizás las víctimas estuviesen prisioneras en el fondo de esa misma canoa. Para mi suerte o mi desgracia, una pe-

queña canoa de vapor que hacía el servicio entre los vapores y la escollera, abordaba a las últimas gradas de la escalera en el momento en que yo llegaba a ella.

Me precipité a la embarcación y prometí cuanto quisieran a los dos hombres que la tripulaban si alcanzaban a la canoa, automóvil que en ese momento pasaba a medio cable de nosotros. Fué una magnífica persecución. Nos dirigimos hacia el Noroeste, dejando tras nosotros los últimos ruidos de la fiesta, los claros repiques de las iglesias, que aún resonaban allá, en las hondonadas de los montes, como campanillas de mulas apesuradas. Visiblemente sacábamos ventaja a la canoa. ¿Adónde íbamos?... ¿Quién hubiera podido decirlo?..

El Hombre del capuchón, que se hallaba delante de nosotros en la popa de su barca, parecía ocuparse de nosotros tanto como si no estuviéramos allí lanzando nuestra humareda detrás de él... Pero he aquí que cuando empezábamos a distinguir hacia Occidente un promontorio que sostenía una estrella (Porto Santo y su faro, vanguardia de las Desiertas, islas abandonadas del archipiélago), el Hombre de la capa se agachó y una luz estrió la noche al ras de las aguas; oímos una fuerte detonación y recibimos un choque que hizo estallar entre una explosión a nuestro frágil esqui...

¡Yo me vi lanzado de golpe al mar! Milagrosamente no estaba herido. Nadé cuanto pude aferrándome a un madero durante varias horas. En cuanto a mis dos compañeros, habían des-

aparecido! Y sin duda yo iba también a dejarme ir al fondo, agotadas mis fuerzas, cuando un extraño remolino me condujo, casi a pesar mío, al flanco de una prodigiosa caparazón, que por el relieve de sus dos torrecillas comprendí que se trataba de la superestructura del más vasto submarino que haya salido de las canteras de los hombres desde que se hacen la guerra en el seno de las aguas. Casi inmediatamente la tapa de una de estas torrecillas se abrió, y antes de que hubiera podido descubrir una criatura humana, un asta empezó a emerger de la noche bajo las primeras miradas del sol... Al extremo del asta se desplegó una gran bandera negra marcada en el centro con una gran V roja...

V

Un hombre de pie en el mar.

LUEGO apareció un hombre. Inmediatamente le reconocí... Ya no llevaba la capa, y tenía la cabeza descubierta; pero las dos cuencas profundas de sus ojos fúnebres, de párpados rojos, no podían permitirme ninguna vacilación sobre la personalidad del extraño individuo que tenía delante de mí. El no me veía; miraba por encima de mí hacia alta mar.

Por otra parte, yo me había tendido de plano al ras de la misma caparazón del submarino gigante, ocultándome tras el puente metálico, que sobresalía del casco más de un metro. El hombre no hubiera podido descubrirme sino inclinandose. Estaba apoyado en el asta de la bandera y probablemente su mirada muerta veía cosas que yo no era capaz de distinguir aún, pues hizo una señal con la mano hacia las aguas, que me parecían desiertas.

Cierto es que la noche se extendía aún sobre

el mar, y cierto es también que nunca he tenido ojo de marino.

¿Cuáles eran mis pensamientos en este momento preciso? ¡Dios mío! ¡Eran completamente lúgubres! ¡La situación, por misteriosa que pareciera, me parecía muy clara en lo que me concernía!

Lo que había sucedido cuando daba caza a la canoa automóvil, me había demostrado bastante brutalmente que mi vida apenas se tenía en cuenta en esta frágica y singular aventura, y que estaban completamente decididos a sacrificarla antes que permitir que me mezclara en cosas que no me importaban.

Se creían desembarazados de mi importuna curiosidad. ¿Qué sucedería si se descubriera mi extraña obstinación en perseguir hasta el flanco de este monstruo submarino el secreto de un hombre que parecía querer el abismo como único cómplice?

¡Como suele decirse, estaba aviado!

Por otra parte, la única probabilidad que tenía de que no me descubrieran residía en la rapidez con que el barco que me conducía se sumiera en el mar. Y débil y agotado como lo estaba, me sentía incapaz de sostenerme en el agua más de unos minutos. El lejano pico de una de las Desiertas, iluminado por los primeros fulgores de la aurora, parecía no haber surgido bruscamente de la sombra sino para hacerme medir el inmenso espacio que me separaba de toda tierra.

No podía esperar ningún auxilio.

Y, sin embargo, observad la fuerza del amor:

en esta terrible situación no pensaba en mi muerte próxima, sino en la suerte de la infortunada a la que había querido salvar. ¿Por qué este rapto abominable? ¿Habría que ver en este asunto increíble la venganza de un amante traicionado? Conocía demasiado a Amalia para detenerme un segundo en una hipótesis tan injuriosa para su virtud. ¿Y el robo de los niños? ¿Qué significaba también el robo de los niños? ¿No sería más que un ardid destinado a facilitar el rapto de la madre?...

¿Dónde se encontrarían ahora los cuatro? Después de haber asistido en cierto modo a toda la empresa del Hombre de los ojos muertos, no dudaba de que estuviesen allí, bajo esta caparazón, bajo este casco de acero que me ofrecía un refugio momentáneo. ¡En esta prisión submarina es donde habían sido encerrados con algún designio seguramente espantoso, terrible!

¡Y yo no podía hacer nada por ellos!... Y la prisión con su secreto, y Amalia y sus tres hijos, y el Hombre de los ojos muertos, iban a sumirse calladamente en las profundidades del abismo.

El hombre no dejaba de apoyarse en el negro pabellón. No era muy alto, pero tenía una musculatura de coloso, unos hombros potentes y un torso de gorila moldeado en un jersey de lana azul, en el que se destacaba la letra V en lana roja. Tenía brazos y manos de hombre de los bosques. Si yo hubiera pensado luchar con el que entonces consideraba como el carcelero en jefe de la señora del contralmirante von Treischke y de sus hijos, el espectáculo de toda esta

musculatura me hubiera anunciado ciertamente los peligros de la empresa.

Pero de todos modos eso hubiese sido una locura, pues a este hombre le bastaba hacer una señal o dar una voz para verse auxiliado inmediatamente por todas las almas malditas con las que había debido de amueblar el esqueleto de su barco de pirata.

¡Sí, indudablemente debía de ser un pirata! ¡El pirata moderno! ¡El pirata submarino! ¡Dios mío! ¡Si no se tratara más que de un rescate, no hubiera dudado en entregarme!...

En el momento en que llegaba a esta parte de mis reflexiones, el Hombre de los ojos muertos se apartó un poco, dándome una esperanza inmensa...

Si se alejara algo más, volviéndome la espalda, podría intentar introducirme en la nave sin que nadie se diera cuenta, y quizás pudiera entonces esconderme en ella hasta el momento en que, encontrándonos más cerca de tierra, fuera posible la evasión de los cinco.

Cuando se está en la situación en que yo me encontraba, las fantasías más locas parecen inmediatamente realizables. Hace cinco minutos todos estábamos perdidos. Y ahora, porque este hombre había dado cinco pasos, ¡todos estábamos en mi imaginación salvados!

Pero puede suceder que cuando el cuerpo no es más que una pavesa, el cerebro le alza con más facilidad y le hace realizar gestos maravillosos. ¡Dios mío! ¡Qué momento! Siempre veré este inmenso casco verde, humedecido aún por

la onda marina que chapoteaba a su alrededor; salpicado aquí y allá de manchas amarillentas, cerca de mí, el sonrosado cono de acero de un torpedo de flanco, en el que se enganchaba la aceitosa cabellera de una larga alga de las profundidades; luego, sobre mi cabeza, la línea curva y aguda del puente desierto, que se perfilaba en el horizonte aclarado ya... Y, en fin, esa bandera negra, que tremolaba de una manera tan siniestra bajo el frío de la mañana... ¡Y ese hombre solo, totalmente solo, de pie sobre este extraño pedestal, inmóvil entre el móvil elemento; ese hombre que con sus ojos muertos miraba surgir el sol de las aguas!

Bajo sus crespos cabellos aparecía una frente abombada y corta de bestia fiera, y, sin embargo, su aire (que no le abandonaba nunca) no era feroz, sino fríste. Había cruzado los brazos y le oí gemir:

—¡Oh Sol! ¿Cómo te atreves a alumbrar aún esta tierra maldita?

VI

Las puertas bajo el mar.

EL hombre se alejó otro poco..., un poco... Pero aún se volvía algo hacia mí y al menor movimiento podía descubrirme...

Sin embargo, ahora se hallaba muy preocupado por cierta espuma blanca y cierto ruido zumbante de hélice procedentes del mar, despierto y súbitamente sonrosado. Una canoa rosada apareció en el mar también rosado, con su cañoncito rosa a popa, el lindo cañoncito que nos había liquidado tan primorosamente.

Pues yo reconocía la embarcación automóvil a la que había dado caza tan desgraciadamente. Esta vino a deslizarse contra el flanco, contra el otro flanco del sumergible. ¿De qué nueva expedición llegaba?

Estaba ocupada por dos viejos marineros que me sorprendieron por su tristeza, como me había sorprendido el Hombre de los ojos muertos; tras ellos aparecía un chino horrible que me pa-

reció muy alegre y que hacía sonar extrañamente un herramental que se entrechocaba en el fondo de un saco peludo que arrojó al puente del submarino con asombrosa habilidad.

El Hombre de los ojos muertos se había adelantado a recibirlos. Ahora me volvía la espalda por completo y había descendido del puente a la misma superficie del submarino; los de la canoa habían saltado también al casco y tiraban hacia sí de su pequeña embarcación. Me volvían la espalda, lo mismo que el Hombre de los ojos muertos. Sólo quedaba frente a mí el horrible y alegre semblante del chino.

Del interior del barco no llegaba ningún ruido.

Con grandes precauciones me había subido al puente y ahora me encontraba tras la torrecilla. Allí descubrí la escala central. Y nueva sorpresa: no reconocí allí los instrumentos ordinarios de dirección y visión que ocupan tanto sitio en este reducido espacio. Tampoco había huellas de periscopio. Se trataba, pues, simplemente de un agujero por el que se descendía a esta cosa misteriosa e inmensa. Por la longitud de emisión juzgué, en efecto, que el submarino debía tener por lo menos doscientos metros de largo. Y pronto había de comprobar que su disposición no tenía relación alguna con la de los submarinos ordinarios.

Era tal mi infortunio que consideré como un favor del destino la posibilidad de lanzarme a este antro, o, mejor dicho, al vientre de esta prodigiosa ballena de acero, de la que, menos afor-

tunado que Jonás, tal vez no había de salir nunca vivo...

Durante este tiempo precioso, los hombres arrimaban su canoa y la amarraban en una cavidad que acababan de descubrir, abriendo una plancha en el mismo flanco del casco verde.

Ello fué que el Hombre de los ojos muertos llamó al chino en el mismo instante en que éste se dirigía hacia la torrecilla y yo temblaba más que nunca de verme descubierto. Supe aprovechar una ocasión incomparable *¡y me precipité dentro del monstruo!*

En las primeras gradas de la escala me paré a escuchar: nada, ni el menor ruido; me deslicé hasta el suelo de hierro de una salita estrecha y desnuda, guarnecida únicamente de carabinas alineadas contra los muros, como aparecen los fusiles en las salas de armas.

No me detuve a saber si estaban cargadas o no, ni a si podía esperar sacar de ellas alguna ventaja para mi defensa personal.

Ante todo, mi seguridad exigía que encontrara una salida y un sitio donde ocultarme. Esta salita formaba un hexágono perfecto, tan perfecto, que yo no descubría ninguna puerta.

Las seis planchas contra las cuales estaban alineadas las carabinas, quizás eran las mismas puertas que yo buscaba; pero ignoraba por completo el secreto de su funcionamiento, y a buen seguro me hubiera quedado en el fondo de esta mazmorra donde el Hombre de los ojos muertos, los dos marineros tristes y el alegre chino

me hubiesen descubierto fatalmente al volver al sumergible—cosa que no podía fardar—cuando de nuevo me vi sacado de este mal paso por un incidente inesperado.

Una de las planchas, que, como me había imaginado, formaban puertas, se abrió, y al mismo tiempo me ocultó. Entonces oí una voz fresca de mujer que preguntaba en español:

—¿Es tierra?

Y seguidamente ascendía la escala que conducía a la torrecilla.

Como la puerta había quedado entreabierta, no me detuve a mirar si esta dama española era bonita o fea y me precipité por un corredor blanco e iluminado de una manera tan resplandeciente por lámparas eléctricas, que me quedé deslumbrado y emocionado hasta lo indecible.

¡Hubiera querido tanto que reinara una obscuridad impenetrable!

Sin embargo, eché a correr de puntillas, jadeando, con la frente cubierta de sudor, si bien mis miembros seguían helados.

¿Cómo no me desvanecí? Estaba sostenido por esta idea: encontrar un hueco obscuro, *bien tranquilo*, en el que pudiera desvanecerme en paz.

¡Qué submarino tan extraordinario! ¡No recordaba en nada la disposición interior de los barcos de esta clase!... Antes hubiera creído hallarme en una galería de hotel que en un corredor de barco...

¡Pero este corredor no tenía salida!... ¡La verdad era que no sabía abrir la plancha que lo ce-

raba! Esto debía ser sencillo, tal vez eléctrico... ¡Pero había que saberlo, había que saberlo! ¡Y los otros volverían sin duda por allí...

Mis manos se deslizaban a lo largo de las paredes claveteadas sin encontrar el secreto de una salida. Volví, a pesar del peligro de semejante regreso, hacia la puerta de la salita de armas hexagonal, cuya plancha había quedado entreabierta. ¡Quizás esta plancha me revelara el secreto de las puertas!

De hecho, alargaba ya la mano hacia la puerta cuando, sin que la hubiera tocado, se cerró ante mis narices, dejándome encerrado en el corredor blanco; pero yo había sentido que en ese mismo instante había pisado un botoncito de acero que debió originar el funcionamiento de la puerta. No me engañaba. Repetí la presión y la puerta se abrió suavemente, pero no me entrefuere en volver a cerrarla. Oía ya voces en la torrecilla.

Los que yo temía iban a estar sobre mi dentro de medio minuto; escapé de nuevo, empapado de sudor y helado, buscando con ojos alocados a lo largo de las paredes de hierro y al ras del férreo suelo un botoncito de acero...

¡Cielos! ¡Ya veo uno!... Apoyé el pie. ¡Una puerta se abre! Ahí hay un hueco obscuro. ¿No es eso lo que yo buscaba? Me precipito dentro firando de la puerta hacia mí; pero me es imposible cerrarla por completo.

¿Había que oprimir el botón exterior? ¡Pero yo no puedo estar a la vez en el exterior y en el interior!

Y las voces se acercan. Pronto estarán a mi altura. Reconozco la fresca voz española que dice: *¿Cuánto tiempo falta para llegar?* (1), y oigo una voz inglesa que dice con mareado acento irlandés y acompañada de una risa singular: *It is noble to suffer without complaining!* (¡Noble es sufrir sin quejarse!), y otra voz de lengua alemana, con acento de Limburgo, que pregunta: *Wie lange bleiben wir unterwegs?* (¿Cuánto tiempo estaremos en camino?), y el mismo acento irlandés de antes que responde sin abandonar ese aire burlón tan irritante: *Never fear! The wind is favourable, and ours is a stout seaboat and very remarkable for its speed!* (¡No temáis nada! ¡El viento nos es favorable y nuestro barco es sólido y marcha con una velocidad muy considerable!)

No me cabía duda: este Hombre terrible y triste de los ojos muertos tenía un temperamento de humorista y respondía con burlas a las preguntas más razonables.

Lo peor del caso era que toda esta estúpida conversación poliglota, que no conducía a nada y no me informaba, como un instante pude esperar, sobre el viaje que íbamos a hacer juntos, tenía lugar a unos pasos de mí, delante de una puerta entreabierta.

¿Qué podían estar haciendo mientras oía a la vez que sus interpelaciones sin interés el ronquido particular del *water-ballast* (2) que se lle-

(1) En castellano en el texto.

(2) Depósito del lastre de agua.

naba, indicando inconfundiblemente que íbamos a navegar sumergidos?

¡Oh! ¡Bien insignificante era su fareal! Estaban arrol'ando la gran bandera negra en su asta y se disponían a introducirla en una vaina de cuero. Yo veía esto por el ligero intersticio entre la puerta y la pared. Me encontraba en la obscuridad más opaca y ellos en la deslumbrante claridad de las lámparas eléctricas.

A esto llegó un nuevo personaje que hablaba francés con marcado acento gascón, como se oye a veces en Bayona y en los puertecitos de la costa silvestre. Inmediatamente dirigió algunos cumplidos (bien se conocía que era francés) a la gitana (así llamaré a la poseedora de la fresca voz española hasta más amplia información), le pidió noticias de su salud y se informó de cómo había pasado la noche.

Hubiera querido ver la cabeza del francés y la de la gitana; pero no me quedó tiempo, pues mi puerta se abrió bruscamente y sólo me dió lugar a pegarme materialmente al fondo del obscuro agujero.

Entonces pude ver que uno de estos hombres depositaba su bandera a dos dedos de mí y luego se retiraba y cerraba la puerta, esta vez por completo.

¡Por fin iba a poder desvanecerme tranquilamente!

Al menos así lo creía yo; pero al fenderme con esta intención en el suelo de hierro, hallé bajo mis manos numerosos rollos de tela flexible que no eran otra cosa (en seguida me di cuenta

de ello) que pabellones, todos los pabellones necesarios para las señales que los navíos de todas las naciones pueden necesitar hacerse.

¡Me encontraba, pues, en el departamento de los pabellones!... Este era un dato interesante. Allí podía quedarme durante mucho tiempo. ¡Durante todo el tiempo que durara la sumersión! ¿Y se sabe cuánto tiempo puede permanecer bajo el agua un submarino como aquel en el que acababa de introducirme?... Yo no lo sabía. Pero me imaginaba que podía ser infinito. ¡Infinito para las agotadas fuerzas de un hombre que tiene hambre! ¡Porque yo empezaba a sentir un hambre terrible, lo que decididamente me impedía desvanecerme!

Estaba persuadido de que si la puerta de mi refugio se abría de nuevo, ya no dejaría alejarse al Hombre de los ojos muertos. A pesar del miedo que me inspiraba le gritaría: "¡Tengo hambre! ¡Deme de comer! ¡Después les daré explicaciones!"

Desesperadamente me iba a precipitar sin ninguna precaución contra la puerta.

En verdad, si hubiera oído pasos en el corredor, hubiese golpeado y llamado. ¡De tener que morir, prefería morir después de haber comido!

Pensaba en el pastel de Navidad, que aquel sabio glotón del doctor Hahn había debido devorar solo, a pesar de la gravedad de los acontecimientos, pues en fin de cuentas no se le había vuelto a ver en toda esta persecución.

Deslicé las manos por la plancha de hierro de la puerta, poniéndome de rodillas: ya no me

atreví a ponerme de pie. ¡Creo que me hubiera caído de hambre! Ya no sentía el menor frío desde que me había despojado de mi camisa y la había reemplazado con algunos pabellones cogidos al azar en la obscuridad, y con los cuales me había envuelto el forso.

¡Por el contrario, ahora sentía en la cabeza un fuego abrasador! Apoyé la frente en la puerta y me eché a llorar: ¡tengo hambre!...

En el mismo instante, mis manos tropezaron en el suelo de hierro con esa especie de botón que abría las puertas de este malhadado submarino. ¡Había, pues, botones de éstos tanto en el interior como en el exterior! Después supe, por lo demás, que este sistema de cerrar y abrir las puertas no tenía nada de misterioso, y que sólo se trataba de un progreso eléctrico sobre la cerradura antigua y el cerrojo prehistórico. Así, pues, la puerta se abrió.

Me deslicé al luminoso corredor como un animal furtivo, andando a cuatro manos, y presé a volver a mi agujero al menor ruido sospechoso... porque ahora que sabía abrir las puertas no contaba con que se viniera en mi auxilio, sino que esperaba poder socorrerme yo mismo... y pasar desapercibido hasta la próxima escala, a la vista de tierra.

¿Sería el hambre? ¡Me parecía sentirme menos enamorado de Amalia, e incluso resentido hacia un amor inconsiderado y sin esperanza, por haberme reducido al estado en que me encontraba!... Pero ahora ¡abramos las puertas! ¡Abramos las puertas bajo el mar!...

30445